

Un simple carbón

Andreína Aranguren

Él me quema y me consume
 Él me hiere y entumece mis sentidos
 Él me atrae con su calor
 Él me quiere a su alrededor
 Él me llama y llama otra vez
 Con su llama ondeante me hipnotiza
 No puedo pensar, no puedo escapar
 Tengo que acercarme,
 Me quiero quemar...
 No me importa la destrucción
 No me importa lo que piensen los demás
 ¡Dejen que me acerque a él!
 ¿No entienden que con él quiero brillar?
 Me tiene sin cuidado su desorden
 Me tiene sin cuidado que esté fuera de control
 Él me enamora con el caos que ocasiona
 ¿Por qué no lo entienden?
 Solo soy un simple carbón...

Andreína Aranguren, izq., y Bethania Sousa
 atentas a las palabras del invitado al club



Un poeta y su conciencia

Andreína Aranguren

Puedo escribir los versos más tristes...

No, no, no, no. Me niego a escribirle a ella. Sí, los culpables fuimos los dos. Sí, fuimos ingenuos. Pero... era ella; pensaba que era la indicada. Tengo que dejar de pensar... ¡Vamos, Ricardo! Aunque si lo considero con más detenimiento, escribir podría ayudarme. Sí, en definitiva podría ser positivo. De acuerdo, empieza de nuevo...

Puedo escribir los versos más tristes...

¡Espera, espera, espera! ¿Cómo puedes escribir los versos más tristes si estás feliz porque terminaron? Porque lo estás, ¿no? Mmmmm, ya lo creo que no lo estás... Bueno, si eres honesto contigo mismo, verás que la extrañas, ¿sí? Sin embargo, ¿simplemente te gustaba o la amabas de verdad? Al mirarla ahora lo entiendo... Sí, ciertamente es muy hermosa, sobre todo sus ojos; esos grandes ojos cafés y su sonrisa de modelo de revista dental. Ja, ja, ja, ja, ja. Esta fotografía no le hace justicia.

Ahora, en serio, lo que más me agradaba de ella era su personalidad; la misma personalidad que terminó con nuestra relación: directa, segura de sí misma, muy expresiva, organizada y apasionada hasta el final; aunque esta última característica fue la que nos unió: la pasión que mostrábamos ante cualquier reto, ante nosotros, ante nuestra relación y en contra de nosotros mismos. Por mi parte, la pasión por las letras leídas o por escribir... Por su parte, la pasión por la vida y por sus sueños. Puede ser que yo sea un poco retraído y lento; sin embargo, eso no pareció importarle al principio. Nos queríamos con todo lo que nuestras mentes podían comprender.

Está bien, ahora sí:

Puedo escribir...

¿En serio vas a escribir unos versos, y tristes, de nuevo? Ya has escrito otros diecinueve poemas acerca del amor y todas esas cursilerías, ¿no crees en el cambio? ¡Bah! Qué cambio ni qué nada, si apenas estoy comenzando. Y fíjate que me encanta la poesía y, por tanto, los versos. Así que déjame en paz. Conciencia estúpida. Cuando necesito que me hable no lo hace. YO SOY UN POETA. O lo seré en algún momento, entonces, si quiero escribir versos tristes lo haré y punto. Dios,

En el taller Maelström 2013:
de izq. a der., Andreína Aranguren,
Edgardo Malaver Lárez,
Luisa Teresa Arenas
y Luis Ignacio Guerrero



debo estar volviéndome loco si discuto conmigo mismo mientras escribo...

Puedo escribir los versos más tristes...

¡Ajá! Estás reflexionando, no sé tú, pero me estoy cansando de esto... Ya llevas 10 minutos con esa misma frase; supongo que tendrá algún significado... ¿pero cuál? No lo sabes, yo menos, así que no me preguntes. Solo soy tu "estúpida" conciencia, ¿recuerdas? La verdad, creo fervientemente que con nuestras locuras y todo, seremos grandiosos, ¿o soy grandioso? Ojalá hubiera sido tan elocuente con ella. Por eso se acabó, ¿sabes? No podía llevarle el paso. MIS versos la enamoraron, pero mi ser la desilusionó. Desde otra perspectiva, ella también me decepcionó; creí que era más profunda, más más más...

Puedo escribir los versos más tristes...

*¿Te das cuenta de que ya has escrito lo mismo cinco veces? Sí, gracias, no es necesario señalar lo obvio. ¿Y si dejas ese verso como está? No, no, le falta algo. ¡Sigue, por Dios! Continúo pensando en ella, por esa razón no avanzo. Sus cabellos olían maravilloso y sus conversaciones, aunque vacías, llenaban mi alma; estuvimos realmente enamorados. Lo sé porque no podía falsificar ese brillo en su mirada cuando leía lo que escribía solo para ella. Está decidido: mi poema número 20 se lo dedicaré a ella. Y este será el último sin título. ¡Pero quizás podrías titularlo...! No. Al próximo poema le pondré un título, pero este todavía forma parte del grupo de "amores y cursilerías". *Disculpa que te interrumpa ¿de nuevo? ¡Ups! Quizás, como estás tan desquiciado (lo digo por esta conversación) deberías hablar acerca de la desesperación, para cambiar un poco, ¿no te parece...? No me presiones...**

Puedo escribir los versos más tristes...

¿Sigues enamorado? ¡Perdón? Estoy preguntando si sigues enamorado de ella. Realmente no lo sé. Creo que

dejó una marca en mí, como todas las demás; de allí que le escriba. *Comprendo*. No pienso que los amantes puedan "desenamorarse"; en su lugar, ellos continúan con sus vidas y buscan nuevos amores. Por lo menos, ese es mi caso. Eso no borra lo que sentí y todavía siento por ella. La sensación cambia un poco, pero el sentimiento persiste...

Puedo escribir los versos más tristes...

*Ya sabes cómo terminar el verso, ¿cierto? ¡Sí! ¿Quién crees que soy? Tendré diecinueve años físicamente pero mi corazón ha amado más que mil hombres: YO SOY UN POETA. ¿Entonces...? Ah, claro, la impaciencia no es mi virtud en este caso; aunque tú ya sabes cómo termina, después de todo, formas parte de mí. *Es verdad, ya lo vi, ¿qué creatividad! (nótese el tono irónico por favor...), en algunas ocasiones eres un simplón, pero escríbelo, no hagas esperar al papel. Después de media hora solo esto se te ocurre, lo justifico porque "estás empezando".* Qué te importa, yo soy poeta por maldición. ¡Déjame escribir!*

Puedo escribir los versos más tristes esta noche...

andre27xl@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

Fogonazo otoñal

Luisa Teresa Arenas Salas

Luminaria danzante cual sol enérgico,
luciérnaga lumínica que alumbra ilusiones,
potencial térmico, frente a un amor polémico:
diamante de esperanza eres.

Caballo desbocado que enciende pasiones
de una yegua sin luz, de incrédula mirada.
Ojos sin lumbrer, de dolor enlutado, encuentras,
cuerpo sin leña, adormecido, de ansias apagadas.

Llegas cual candelabro de los siete brazos
dispuesto a alumbrar la soledad.
Brazo ardiente que desprende calor.
Brazo chispeante que despierta el corazón.
Brazo que estalla el alma triste como cohete llameante.
Brazo que atiza el frío solitario como fuelle de aliento.
Brazo del deseo inflamable, que excita pasiones del ánimo.
Brazo electrizante que reaviva el incendio nocturno entre
sábanas de angustia.]
Brazo centellante entre dos almas solas que se cruzan
anhelantes en la oscuridad.]

Rojo, sangre, calor, fiebre, chispas multicolores que
mitigan el luto;]
chimenea humeante que ilumina el encuentro inesperado
de dos soledades transformadas en lumbrer permanente
con o sin llamas de deseo que avivan remolinos fogosos
y resplandores de hogar, de leña, de hoguera,
de vida otoñal adolescente
en erupción volcánica
que apaga
el enfado de los años.

ltarenas13@gmail.com

"Glosariando" formas (o forma y sustancia)

Luisa Teresa Arenas Salas

A mis estudiantes

a: letra uno
alfabeto, la sabiduría

a: sílaba uno
a mor a é re o
fonología, el canto

a-: antes de lo fijo
prefijo
morfología, lo significativo

a: palabra
pre- 'antes de'
-posición postura
complemento directo
sintaxis, la relación

¡ah!: ¿Directo?
recto derecho

¡ah! ¡ah! sentimiento
semántica, lo convencional

a.a.: abreviando.
"a la atención de"...
—¿De quién?
—De ti, de él, de mí, de ella,
de todos... comunicando.
—¡Ah! el discurso
pragmática, la interacción

Pensamiento
y lenguaje
lingüística, una pasión

ltarenas13@gmail.com

¿Por qué no escribo?

Luis Ignacio Guerrero

Imaginar que se puede crear un texto digno de ser publicado en una revista universitaria despertaría, quizá, una emoción por demostrar las dotes de escritor en cualquiera. En mi caso, solo despierta una mezcla de pesimismo y vergüenza que entorpece el normal funcionamiento del enorme potencial creativo que podría haber en mí. Y es que, ¿a quién no le gustaría escribir textos de la talla de Ramos Sucre o Rómulo Gallegos? Si me hicieran la pregunta que en algún momento se hizo George Orwell, aquella de por qué escribo, yo respondería que no aplica en mi caso. La pregunta que sí respondería sería la de por qué no escribo.

Mis primeros pasos en la escritura fueron un poco aburridos, con aquellos dictados tediosos y sin sentido que me hacían en la escuela primaria. Las pretensiones de mis maestros por ejercitarme en el mundo de la escritura se traducían en trabajos llenos de errores ortográficos y mal plagiados de los propios textos escolares. El bachillerato fue prácticamente lo mismo. Recuerdo los incontables trabajos plagiados de páginas de Internet. La escritura solo era una tarea demasiado agobiante del bachillerato... hasta que conocí a mi primer amor. Era una compañera a quien le gustaba leer novelas de crímenes. Siempre leía una de esas ediciones de bolsillo en los recesos. Yo quería ganarme su confianza, así que se me ocurrió la descabellada idea de escribirle una novela bien cargada de asesinatos. La escritura parecía ser la respuesta para alcanzar mi meta amorosa. Con mucho esfuerzo terminé *Acesinato multiple*, escrita a mano y con bolígrafo verde, su color favorito. Fue entonces cuando ella asesinó mi espontáneo deseo de escribir y mi amor juvenil. Con la voz más fría que le salió del gaznate, dijo: "*Acesinato* no se escribe con c y *múltiple* lleva tilde en la u", entre otras correcciones más que no vale la pena publicar por respeto a mí mismo.

Los primeros años en la universidad tampoco fueron muy alentadores en lo que a la escritura se refiere, por supuesto. Mis deseos de estudiar Ingeniería no me detuvieron a la hora de tomar dos veces la infame prueba interna de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV (no soy muy bueno con los números). Fue así que con mucha suerte pude entrar en una carrera que se basa básicamente en la producción textual (Idiomas Modernos). "Bah, Idiomas es un simple curso de inglés. En cinco años tendré mi título", pensé. De haber sabido que estaba muy lejos de la realidad, habría corrido por mi vida y así no revivir esa vergonzosa experiencia del bachillerato.

Recuerdo que mi primera clase fue Lengua Española con una profesora nada más y nada menos que egresada de Letras. ¡Qué dolor de cabeza, una purista de la lengua! Lo primero que hizo fue advertirnos que escribiríamos más que un franciscano en un claustro de la Edad Media y que exigiría la misma calidad que se le pide a un escritor experimentado. Todos los textos que producía, a medida que transcurría el curso, siempre merecían un 09. No es de extrañar que el curso haya sido un enorme fracaso que tuve que arrastrar por dos años más. En la actualidad, Lengua Española fue sustituida por Traducción y la profesora ahora es un profesor obsesionado con el estilo que consideraba mis producciones textuales (sin importar el tiempo invertido en mejorar mi escritura) nada más que garabatos de un niño con ligero retraso mental. En ese momento nació la frustración precedida de grandes fracasos que fulminó mi entonces naciente amor por la escritura, hasta ahora.

Por eso, ante la pregunta de por qué no escribo, siempre viene a mi cabeza un tropel de recuerdos cargados de muchos traumas hacia la escritura. Tal vez cualquier lector diría que se trata sencillamente de un miedo a equivocarme y a ser severamente corregido y herido en mi orgullo. Quizás solo sea pereza de enfrentarme con el papel en blanco. La publicación de mi texto en una revista universitaria parece ser la promesa de un loco optimista. Lo único que sé es que no escribo y, sin embargo, escribí.

luisignacioguerrermurias@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

Por qué... ¿escribo?

Edgardo Malaver Lárez

Por amor. Yo escribo, cuando escribo, por amor... porque tengo hambre de amor y sed de cariño.

En realidad no sé por qué escribe nadie, ni por qué escribo yo, cuando escribo, ni siquiera acostumbro pensar en ello ni preguntármelo, pero si existe una razón, ha de ser esa: el amor. Cuando aún no había aprendido a leer y escribir, muchas veces jugaba y jugueteaba alrededor de la mesa en que trabajaba mi madre, que eternamente escribía acerca de lo que acaba de hacer y lo que planeaba hacer en sus clases. Algunas de esas veces, me acercaba a curiosear entre sus papeles y sus libros y le preguntaba impertinencias, desordenaba sus lápices, hojeaba sin sentido sus libros, imagino ahora que para llamar su atención. Sucedió todo el tiempo y yo no recuerdo ningún día con precisión, hasta que llegó aquel día hermoso en que me acerqué como siempre a la mesa y vi en ella una revista —hace tiempo he coleccionado que habrá sido la *Tricolor*, que era casi omnipresente en mi casa—, llena de dibujos muy llamativos y brillantes, con flores, hierba, animales, niños sonrientes y letras grandes y pequeñas... Letras. Había grupos de letras más grandes que aparecían en la parte de arriba de las páginas y otros grupos de letras más pequeñas, pero mucho más numerosas que se apiñaban más abajo. Ese día, en ese minuto, comenzó toda esta historia. A mí me llamó la atención el grupo de letras pequeñas que parecían ir en fila, como hormiguitas que caminan por una pared, pero en este caso, había varias filas que se imponían valientemente encima de los dibujos y se detenían casi al borde de las páginas. Le pregunté a mi madre, señalando las hormiguitas que caminaban sobre las flores amarillas de un araguaney: “¿Qué dice aquí?”. Y ella, sin saber que con su gesto de atención iniciaba dentro de mí un espinoso camino de dulzor y belleza, levantó la revista y me leyó el primer poema que oí con atención en mi vida. Luego me miró sonriendo y yo, como si un ángel hubiera abierto mis labios para que lo hiciera, comencé a recitarlo de memoria impecablemente. Y mi madre me abrazó diciendo que yo era el niño más inteligente del mundo. Recuerdo ese abrazo hoy como si solo hubieran pasado minutos. Entonces le pedí que me leyera otro y otro y otro, y cada vez yo lo recitaba sin equivocarme y ella me abrazaba y me sonreía y yo sentía un placer desconocido que no me cansaba de sentir y sentir, por dentro y por fuera.

Desde entonces, me lo aprendía todo de memoria, no solo los poemas, también las vocales, las consonantes, las comas, los puntos, los números, los nombres de las ciudades, de los países, de los mares, la tabla de multiplicar, los estados de la materia, la clasificación de los seres vivos, los nombres de los pintores, los planetas, las constelaciones, los Mandamientos, las letanías, los pecados capitales, los sacramentos, los nombres de los presidentes, las canciones de la radio, los nombres de los bancos, las fechas de nacimientos de los viejos, los números de cédula, los personajes de la televisión, los poemas de Andrés Eloy Blanco, los poemas de Pérez Bonalde, los poemas de Aquiles Nazoa... Los poemas. Me aprendía los poemas para que mi madre me abrazara. Y después, cuando aprendí a escribir, los escribía para que

Luis Ignacio Guerrero, izq.,
recibe de Edgardo Malaver Lárez
su certificado por
las 30 horas cumplidas
en el taller Maelström de 2013



se sintiera feliz, para verla sonreír, para que tuviera una alegría, aunque esta alegría estuviera hecha solo de verbos y sustantivos salidos de mí, que la quería tanto.

Después fue el hambre y la sed de poesía. Poco después. En la casa de mi tía Teresa, hermana de mi abuela, abundaban los libros. Había libros por todas partes, libros viejos y libros nuevos, libros enormes y libros liliputienses, libros aburridos y libros fascinantes, libros de todos los colores y todos los olores. Había también una biblioteca, y yo recuerdo el olor de aquella biblioteca como si fuera mi propio olor. Había hojas de papel con letras escritas a mano y letras escritas a máquina. ¡Había una máquina de escribir! Y había un poeta. El esposo de mi tía, Miguel Delpino, era poeta. Y a veces yo llegaba a aquella casa y él estaba escribiendo y yo casi no podía ponerle atención a las preguntas de mi tía y casi no podía darle los mensajes de mi abuela, porque me distraía la música de la máquina de escribir. Tarde o temprano terminaba husmeando entre los papeles de mi tío, mirando por encima de su hombro, abiertos los ojos como espantados por la velocidad con que golpeaba las teclas, y el tac, tac, tac, ¡clin!, tac, tac, ¡ruuug...! de aquel enigmático aparato. Entonces, mi tío se detenía, me miraba y me leía, por ejemplo:

¿Poeta?

Poeta era yo cuando era niño,
que iba por las calles
con los brazos extendidos
llevando en cada mano
la rosa roja de la vida;
que adivinaba la brisa
en el vaivén de las olas
o en la noble sonrisa
que proporciona la gloria.

Sí, poeta.

Poeta era yo cuando niño,
que de un algo trivial
inventaba una historia
y las gentes del pueblo,
con su cuota de envidia,
al verme pasar, oí que decían:
“¿Qué sabe él de la vida
si apenas la está viviendo?”.

—¿Qué te parece? —me preguntaba siempre. La pregunta favorita de mi tío Miguel: ¿qué te parece?

—Bonito —respondía yo, entre emocionado y confuso, no sé si por la pregunta, que no sabría responder, o por las imágenes, que me hacían sentir placeres nunca antes saboreados.

—¿Bonito? ¿Eso es todo?

E intervenía mi tía desde la cocina, siempre para protestar ante el rigor del marido sabihondo.

—¡Deja en paz al pobre muchacho, Miguel, que los demás no son como tú!

—Pero tiene que aprender de estas cosas, porque él también puede ser poeta —refutaba él y, mirándome a mí, agregaba:— ¿Verdad, camarada?



Luis Ignacio Guerrero y Sara Pacheco, uno a cada lado del facilitador del taller Maelström 2013, Edgardo Malaver Lárez, atienden las palabras de una de las participantes

Nunca, ni aun adulto, pude responderle más que con una mirada de susto, que debía ser más bien una admiración vieja, un cariño callado engendrado por las palabras que decía.

Sin embargo, por dentro, la infatigable cabalgata de sangre que se me acumulaba en el pecho me decía que deseaba aprender a escribir en aquella máquina, que deseaba leer todos aquellos libros, que deseaba decir algo que al menos se pareciera un poquito a aquella “rosa roja de la vida” entre los dientes, aquel “ir por las calles con los brazos extendidos”, aquella “cuota de envidia” que su yo infantil —infantil como yo, lo veo ahora— causaba en la gente. Y aquel laberinto de palabras que parecían una respuesta aunque eran una pregunta.

También estaba mi tía Yolanda, que no era mi tía sino madrina de mis hermanos, pero que me regalaba libros. Yo iba a su casa un sábado por la mañana y regresaba al mediodía con un libro en las manos. Y mi madre me veía leerlos y me llamaba a comer y como me costaba desprenderme de la lectura para ir a la mesa, ella recordaba a Andrés Bello, que, según sus profesores de la Escuela Normal, tenía el mismo problema y le respondía a su madre: “Mi mente necesita más alimento que mi estómago”. En mi cumpleaños de 1979, mi tía Yolanda me regaló la primera novela que leí: *Los tres gordinflones*, escrito por un ruso llamado Yuri Olesha. Era un libro que mi tía había traído de Cuba, donde había ido a cantar con el coro del Colegio de Abogados de Nueva Esparta; pero lo más curioso de aquel libro no era su procedencia sino su olor. Mientras lo leía, me lo acercaba para olerlo y solo podía preguntarme por qué olía tan diferente a mis otros libros. Me enfermé mientras lo leía, y mi hermano Leopoldo decía que había sido el libro el que me había causado la enfermedad. Fue fantástico haberme enfermado porque no tenía que ir a la escuela y podía leer... y, por si fuera pequeña mi parcela del cielo, mi madre y mi abuela se turnaban para mimarme.

Además, la historia del doctor Arneri, el científico que protagonizaba la historia, me despertaba historias nuevas en la imaginación, que siempre me provocaba escribir (y posiblemente las escribí). Creo que el doctor Arneri me atraía tanto porque era un viejito tan sabio que aún prestaba oídos a la voz de su corazón. Ahora recuerdo la imagen que me hice de él en aquellos días y pienso en Jorge Luis Borges.

Más tarde, antes de entrar en la universidad, mi tía me deslizó en las manos libros imprescindibles e impresionantes, venezolanos y de otras nacionalidades, de esta y otras épocas, que me dieron ventajas incomparables cuando, en la UCV, comencé a oír a mis profesores hablar, en tres idiomas, de sus autores.

Un día aprendí a escribir en aquella máquina fascinadora de mi tío. Y algo dentro de mí no se sintió tranquilo —aunque creo más bien que ese día perdió la tranquilidad—, hasta que me compré mi propia máquina de escribir. En 1990, el día de Navidad, pasé el día entero sentado delante de la máquina. Mi madre se angustiaba pensando que iba a recibir al Niño Jesús sin haberme bañado, sin afeitarme, sin ponerme una ropa adecuada, sin sentarme con la familia a cenar. Sin embargo, en el momento de entregar los regalos, a medianoche, el mío para ella fue lo que escribí ese día: un cuento titulado “Un instante de Miriam”, el primero que escribí en que el tiempo transcurre hacia atrás. Naturalmente, ella me abrazó y me besó como si me hubiera perdido y ese día me hubiera recuperado, como si yo hubiera muerto y ese día hubiera revivido.

Y pasan los años y pasan los versos, pasan los libros y pasan las gentes, y, cuando escribo, siempre termino en la primera escena de todo: termino viéndome acercarme a mi madre, que trabaja en su mesa y, atraído por los dibujos de flores y animales, le pregunto: “¿Qué dice aquí?”, y ella lo lee para mí, y yo recito y ella me abraza. Y entonces deseo que en ese momento se acerque a mi mesa y lea lo que he escrito y, aunque ahora soy tan grande que ya no me abarca con sus brazos, solo deseo que mi madre me abraze para sentirme contento.

emalaver@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

La situación

Isabel Matos

La familia Antillano vivía en un humilde apartamento de la avenida Libertador, simple aunque estrecho para los cuatro miembros que lo habitaban: Silvia, Pablo, Pablito y el abuelo Rogelio. Dos habitaciones, un cuarto de baño, su sala y cocina bien delimitada; si bien no les faltaba mucho espacio, cierto era que no les sobraba. Pablito y el abuelo ocupaban la habitación grande de la derecha porque el abuelo tenía un montón de libros que no cabían en otro lado, cosa que a veces enojaba al niño, pues sus juguetes quedaban relegados a un solo rincón de la habitación, mientras su abuelo usaba dos. En la habitación de la izquierda estaba el matrimonio, la cómoda de Silvia, la mesita de la *laptop* de Pablo y la cama. Pero no era la estrechez del espacio lo que había erosionado la relación de los esposos estos últimos dos años. Era “la situación”, como decía Silvia.

“La situación” era tema delicado, era una mezcla de trabajo, humo de la ciudad, vecinos poco tolerantes y faldas cortas. Las noches en que la “la situación” se discutía cada quien dormía de espaldas. Dejaron de cambiar la cama por el sillón de la sala debido a las preguntas indiscretas de Pablito. Así que había una grieta y no sabían, ni querían mucho, repararla. Una tarde de muchas, Silvia escuchó en su oficina a sus colegas hablar de cierto escape al paraíso, de una promesa de relajación y confort, una oportunidad ideal para recuperar el “tiempo perdido”, justo lo que ella y su esposo necesitaban: una escapadita que les espantara “la situación”, o por lo menos así se lo pintó Altagracia; a ella le había ido de

maravilla, su marido no le quitaba las manos de encima desde que volvieron de los Mayamis.

Presentarle la idea a Pablo no fue difícil. Además, ella compraría los boletos y él abonaría a las tarjetas. Solo unos días, chico, mira que nos merecemos un descansito, le dijo. Y esa misma semana se decidió qué fin de semana sería, la aerolínea y el hotel. Unos días después, ya estaban pisando suelo extranjero.

Los recibió una nube negra que les avisó lo que venía, pero ellos no se dieron cuenta. En el hotel la reservación tenía un error y mientras Silvia se masajeaba las sienes con evidente frustración, Pablo chapurreaba en inglés que la habitación era tal y no cual. Cuando visitaron el restaurante descubrieron que no les gustaba la comida, les pareció insípida y poca; cuando paseaban por el boulevard las faldas cortas salían de la nada y Silvia se masajeaba las sienes; cuando intentaron ir a la playa la nube que los recibió los acompañó de nuevo; quería explicarse, pero ellos solo se molestaron y se fueron.

Al parecer, “la situación” había decidido viajar con ellos. Esto no está funcionando, además no estamos para estos gastos, dijo él. Regresaron.

Y de nuevo, en poco tiempo se encontraron pisando suelo criollo. La nube negra intentó decir algo, pero fue ignorada nuevamente.

—¿Le dijiste a Jorge que nos viniera a buscar?

—Sí, ya debe estar aquí.

El taxista de la familia esperaba bajo la rampa, saludó



Hilayaly Valera, coordinadora de Extensión de la FHE, entrevista a Isabel Matos, ganadora del I Concurso de Ensayo EIM 2013

cariñosamente a los esposos y los ayudó a meter las maletas. Y sucedió entonces lo que la nube intentaba advertir: de la nada salieron dos sujetos y, agarrando fuertemente a Silvia y al taxista por los brazos, los forzaron a subir al vehículo. Un sujeto tomó el puesto del copiloto; este apuntaba al taxista con su pistola negrísima como la noche, el otro se montó en el asiento de atrás y mientras apuntaba a Silvia a la cabeza la sujetaba por el costado. Pablo estaba petrificado, quería tomar con sus propias manos a aquel canalla y sacar a su esposa de ahí, pero el sujeto continuaba diciendo que no se moviera si quería que le devolvieran a su esposa en una pieza.

Recorrieron la vía ocho veces, dos motos los escoltaban en el proceso. Silvia pensaba en Pablito. ¿Cómo terminaría la escuela? ¿Quién lo va a llevar a natación? Buscó la mano de Pablo y la encontró tan fría como la de ella: él también tenía miedo. Un miedo terrible a muchas cosas. Silvia temía por su hijo desamparado, Pablo temía por su esposa, tenía miedo de morir, claro, pero le horrorizaba lo que pudiese pasarle a ella, peores cosas que la muerte se asomaba en su cabeza y él las espantaba recitándose un “todo va a estar bien” que ni él mismo se creía a veces. Sintió que Silvia le apretaba la mano y cuando volteó a verla ella le dijo que aún lo amaba.

—Cállate, mujer, no te despidas que todo va a estar bien. Yo también te amo, baja la voz, se me ocurre algo.

Pero Pablo mentía, no se le ocurría nada bueno. Tres horas pasaron y todavía daban vueltas en la vía, los captores no sabían qué hacer, ya habían investigado y las familias no valían la pena para un rescate. El de atrás sugirió que intercambiaran rehenes con la banda del Catire. Dios mío, ¿qué van a hacer con nosotros?, pensó Silvia. El de adelante no parecía muy convencido, tenía una culebra con el Catire y eso no le parecía negocio.

A eso de las diez y media, el auto se detiene entre los túneles. Aquí fue, pensó Pablo.

—Bájate, bájate tú también, date, muévela, muévela o te quiebro. Caminen, más allá, arrodíllate, tú también, vieja.

Luego, silencio. Pablo creyó escuchar unos pasos, Silvia creyó escuchar una moto, el taxista creyó escuchar unos gritos a lo lejos. Después de lo que pareció una eternidad, Pablo volteó, estaban solos, los tres, enteritos y en el medio de la nada. Tomó la mano de su esposa y suspiró con fuerza; al final el viaje a Miami sí había servido de algo.

A término

Isabel Matos

Un no más
un déjame
símbolo de inequívoco mal
hálito famélico
no lo vi
se fue a término
no lo vi
o no fui a ver
ya es el fin

¡qué pérdida!
son tus lágrimas
¡qué pérdida!
son mis lágrimas

lánguidos óvalos
o mísera tez
¿qué ves?
¿los ves?
son pálidos, pérfidos
ven con náusea
rómpeles la paz
¡agítate!
sal de tu tétrica parálisis
muéstrales tu ímpetu
¡muéstrate!
sal de tu póstumo ser.

isabelmercedes@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

Al gato...

Sara Cecilia Pacheco

¿Qué sería de mí en lo oscuro de la noche?
¿Qué sería de mí en el ruido del día?
¿Qué sería de mí en la desolación?
¿Qué sería de mí en esos, mis peores momentos?
¿Qué sería de mí cuando sola solo tú estás?
¿Qué sería de mí si no supiera que siempre viajas conmigo?
¿Qué sería de mí en mi debilidad si no contara contigo?
¿Qué sería de mí sin ti, mi rosado gato mecánico?

Sara Pacheco jugando con su celular
en el agasajo a los graduandos 2013
en el Club Táchira



La empatada infiel

Sara Cecilia Pacheco

Y yo que me la llevé al río... —entonó Adrián con la voz tan grave como siempre.

Allí estaba al pie del árbol de Tierra de Nadie como siempre, sereno como siempre, bien vestido como siempre, con el perfume de siempre, su Adrián de siempre...

Empezaba a recitar un poema recién encontrado de un tal Loca o algo mientras Julia solo pensaba en Yendry...

*...creyendo que era mozuela,
pero tenía marido* —prosiguió el enamorado.

Yendry el de las manos toscas y grandes, Yendry el de los pantalones rullíos... evocaba Julia.

Fue la noche de Santiago

Y casi por compromiso —declamaba Adrián.

Yendry el de la prograduación aquella... ¿Quién era el que se graduaba? No importa... Yendry el de "Ella quiere cualto, cualto, cualto...". Julia sonrió al recordar eso.

Se apagaron los faroles

y se encendieron los grillos —recitaba sonriente Adrián.

Yendry, el de la voz ronca, el del sudor profundo; Yendry, el que con una sola mano hacía estremecer a Julia. Yendry, el atrevido, el que con todo descaro propuso seguir bailando en otra parte...

En las últimas esquinas

toqué sus pechos dormidos,

y se me abrieron de pronto

como ramos de jacintos —entonó Adrián con voz fuerte evidentemente intencional. Julia se cayó de la nube del recuerdo de Yendry y peló los ojos.

—¿Tú me estás escuchando, Cuchita? —preguntó Adrián.

—¡Claaaaarooo...! —respondió Julia.

—A mí me parece que no me estás parando —insistió Adrián—, voy a volver a empezar, pero esta vez, me haces el favor y me paras, mi amor.

Y siguió:

*Y yo que me la llevé al río
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido.*

sarace.pacheco@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

Gato

Kéiber Peroza

Pequeño
emperador sin orbe,
conquistador sin patria,
mínimo tigre de salón,
zángano sultán de las alturas,
fiera independiente de la casa,
arrogante vestigio de la noche,
perezoso,
gimnástico y ajeno,
cariñoso,
soberano y autónomo,
discreto,
tierno,
de maullido regocijante,
de ronroneo alegre y sumiso,
de orgullosa actitud,
hermosas pupilas vivaces,
de noble mirada;
mi razón resbala en tu indiferencia.

keyver15@hotmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

Kéiber Peroza comparte
con Angélica Unda la lectura
de uno de los textos escritos por un
compañero del taller Maelström 2013

